



universo 3

Antología de ciencia-ficción contemporánea
seleccionada por *Terry Carr*

Edward Bryant
George Alec Effinger
Gordon Eklund
Edgar Pangborn
Ross Rocklynne
Robert Silverberg
Gene Wolfe

Las antologías de historias originales *Universo* se han destacado por la búsqueda de lo experimental y más arriesgado dentro de lo que se escribe en el género de ciencia ficción, constituyendo un testimonio de las tendencias y formas de narrar al momento de la aparición de cada una de ellas. En este tercer volumen se destacan los cuentos de Wolfe, Silverberg y Pangborn.

Contenido: *La Muerte del Doctor Isla* (The Death of Dr. Island, 1973), Gene Wolfe; *El Escritor Fantasma* (The Ghost Writer, 1973), George Alec Effinger; *Las Múltiples Moradas* (Many Mansions, 1973), Robert Silverberg; *El Cuco de Denidés, Frenidés y Compañía* (Randy-Tandy Man, 1973), Ross Rocklynne; *El Mundo es una Esfera* (The World Is a Sphere, 1973), Edgar Pangborn; *La Leyenda de Puma Lou Landis* (The Legend of Cougar Lou Landis, 1973), Edward Bryant; *Los Blues de Ciudad Libre* (Free City Blues, 1973), Gordon Eklund.

Índice de contenido

Cubierta

Universo 3

Introducción

La muerte del Doctor Isla

El escritor fantasma

Las múltiples moradas

El cuco de Denidés, Frenidés y compañía

El mundo es una esfera

La leyenda de Puma Lou Landis

Los blues de Ciudad Libre

Terry Carr

INTRODUCCIÓN

La edad dorada de la ciencia ficción es la actual. Cuando los aficionados de este género se reúnen, el tópico normal de conversación es: ¿Cuándo fue la edad dorada de la ciencia ficción? Algunos dicen que a principios de la década del 40, cuando John W. Campbell y una pléyade de escritores nuevos como Heinlein, Sturgeon y van Vogt estaban transformando todo el campo; otros apuntan a principios del 50, a H. L. Gold y Anthony Boucher y a escritores como Damon Knight, Alfred Bester y Ray Bradbury. Algunos reclaman ese honor para fines de la década del 60, cuando la nueva ola pasó y nombres como Ballard, Disch y Aldiss salieron a la palestra.

Hay gente todavía que le dirán que fue en 1929 con David H. Keller, E. E. Smith y Ray Cummings. El secreto está, en la mayoría de los casos, en saber cuando la persona que está hablando empezó a leer ciencia ficción por primera vez. Al ser todo nuevo, todo es fascinante. Hace años un amigo mío, Pete Graham, contestó mi pregunta: «¿Cuándo fue la edad dorada de la ciencia ficción?» con una respuesta breve: «a los doce años». No tuvo que dar más explicaciones: sabíamos lo que quería decir.

Pero no es una cuestión totalmente subjetiva; existen también las verdaderas normas de calidad, a pesar de que sean difíciles de valorar. Se puede distinguir un buen escritor cuando recrea una escena o una idea que uno ha visto con tanta frecuencia que piensa que está demasiado gastada, (Te lo puedes guardar, se acabó toda la emoción, dijo el hombre de Kenneth Patchen, entregándole el topo muerto). Un buen relato se puede reconocer cuando le hace sentir a uno cosas a las que no está acostumbrado... aún cuando sean cosas

viejas: hace bastante tiempo que las sintió, lo viejo se hace nuevo otra vez. Y al aparecer suficientes buenos escritores y buenos cuentos en el género, podemos decir que tenemos una «edad dorada».

En suma, consideremos el campo de la ciencia ficción de hoy día. ¿Cuándo tuvimos tantos talentos de primera línea escribiendo al mismo tiempo? Philip K. Dick. R. A. Lafferty. Poul Anderson. Ursula K. Le Guin. Samuel R. Delany. Alexei Panshin. Avram Davidson. Larry Niven. Clifford D. Simak. John Brunner. Robert Silverberg. Thomas M. Disch. Joanna Russ, Brian W. Aldiss. Roger Zelazny. D. G. Compton. Kurt Vonnegut... estoy seguro que usted podría nombrar una docena más. Y todo el tiempo ingresan al género escritores nuevos notablemente buenos.

Si hubiéramos tenido estos; escritores y sus relatos en 1950, o en 1940, o en 1929, los habríamos considerado gigantes, y muchas de las obras de aquellas edades de oro habrían padecido insignificantes en comparación con las de nuestra época.

Pero naturalmente no podríamos haber tenido todos estos escritores entonces; la ciencia ficción evoluciona, se construye a base de las ideas y los relatos del pasado. *The Three Stigmata of Palmer Eldritch*^[1] no podría haber sido escrito en 1929; simplemente habría sido inconcebible. Lo mismo ocurre con *Stand on Zanzibar*^[2], *And Chaos Died*,^[3] *Lord of Light*^[4] *Slaughterhouse-Five*^[5], *Camp Concentration*,^[6] o *The Einstein Intersection*.^[7] Clifford Simak, está activo en la ciencia ficción de 1940, pero estaba escribiendo *Cosmic Engineers*^[8], no *Why Call Them Back From Heaven?*^[9]

El tiempo ofrece progreso y surgen nuevas posibilidades. Vivimos en un mundo crecientemente excitante y entre realidades más grandes que las soñadas cuando la ciencia-ficción era joven. (Si hacemos remontar el nacimiento de la ciencia ficción moderna a la fundación de la revista de CF, entonces el género ya tenía trece años a principios de 1940). Los límites del conocimiento humano se expanden casi en forma ex-

cepcional y estamos empezando a entrever que existen también otras clases de conocimientos.

Está todo aquí para que se maravillen, y escriban sobre ello; la ciencia ficción ha desarrollado el lenguaje adecuado. Esta es la literatura de nuestro universo infinito; ¿es entonces extraño que muchos escritores talentosos se sientan atraídos hacia ella?

Por lo tanto esta es la edad dorada. Y parte de ella está aquí, en este libro. Disfruten, disfruten...

TERRY CARR
Oakland, California
9 de junio, 1972

Gene Wolfe

Oriundo del sur de los Estados Unidos pertenece (por rama materna) a una de tantas rancias familias arruinadas durante la Guerra de Secesión. Por rama paterna es pariente lejano del conocido escritor Thomas Wolfe.

Sus relatos son difíciles de definir, están más emparentados con el surrealismo y la novela experimental que con la ciencia ficción clásica. En 1971 uno de sus cuentos, «The Island of Dr. Dead» (La isla del doctor Muerte), publicado en Orbit 7, fue nominado para el premio Nébula. Durante la ceremonia de entrega de los premios, el animador (Isaac Asimov) anunció a Wolfe como ganador de la categoría de cuento corto. Fue un error lamentable y el premio fue dejado desierto. Gene pasó un muy mal momento. Posteriormente se le ocurrió pensar qué clase de historia podría inventar si invirtiese los términos y los personajes. Así surgió «La muerte del doctor Isla», con el que al fin pudo obtener el codiciado lauro. Este relato no tiene ningún tipo de vínculo con el anterior desde un punto de vista convencional: es una historia completa en si misma y no incluye personajes, ambientes ni situaciones del cuento anterior. Podría considerársela como una variación y fuga sobre el tema ya tratado.

GENE WOLFE

LA MUERTE DEL DOCTOR
ISLA

(The Death of Dr. Island)

- 1973 -

He deseado ir
donde las primaveras no desfallecen
a campos sin granizo oblicuo y penetrante
Y he rogado estar
en refugios donde no hay tormentas,
en puertos donde enmudece verde la marea,
lejos del vaivén del mar.

Gerard Manley Hopkins

Un grano de arena se balanceó sobre la orilla del foso, tembló y cayó adentro; la hormiga león que había en el fondo volvió a arrojarlo afuera con enojo. Hubo un momento de calma. Después el foso entero y un metro cuadrado de la arena que lo rodeaba se movieron y tambalearon, mientras dos cocoteros se inclinaban para mirar. La arena se elevó, girando sobre uno de los bordes del foso y apareció la cabeza de un muchacho, marcada con cicatrices. Un mechón de cabellos castaños amenazaba con borrar las marcas de las suturas. Se detuvo, con grandes ojos oscuros de mirada hipnótica y, con el cuello ubicado exactamente donde un momento antes había estado el de la hormiga león. Después, como si lo hubiesen pinchado desde abajo, saltó a la superficie de la playa, se dio vuelta y pateó la arena hacia la penumbrosa escotilla por donde había salido, la que se cerró con un golpe. El muchacho tenía catorce años.

Se quedó un rato agachado, apartando la arena y tratando de encontrar la puerta. Unos pocos centímetros más abajo tocó con las manos un material rugoso y sólido que, aunque no era ni concreto ni arenisca, participaba de las características de ambos: plástico orgánico relleno de are-

na. Raspó la superficie con los dedos, pero no pudo encontrar los bordes de la escotilla.

Después se puso de pie y miró a su alrededor. La cabeza se le movía incesantemente, como la de ciertos reptiles, ida y vuelta, sin hacer pausas al concluir cada movimiento. Era un vaivén constante, ininterrumpido, permanente, y es por eso que no volveremos a describirlo, tal como no mencionaremos que respiraba. En efecto, respiraba, y al respirar la cabeza se movía hacia un lado y hacia el otro como la de una víbora encabritada. El muchacho era delgado y estaba desnudo como una rana.

Frente a él la arena descendía en una pendiente suave hasta tocar un agua color zafiro; en la playa había cocoteros, y conchas de mar y un cangrejo que jugueteaba con las últimas estribaciones de las olas moribundas. A sus espaldas solo había palmeras y arena hasta una gran distancia, y los árboles crecían formando un bosque cada vez más tupido a medida que se alejaban del agua, hasta el punto en que las columnatas de troncos formaban una construcción; como un laberinto palaciego que estuviese revestido con más y más trepadoras y con más y más lianas a medida que uno avanzaba por él, con más hojas verdes y rojas y amarillas, palmeras mechadas con cañas de bambú y árboles decrepitos salpicados de refulgentes orquídeas. Hasta que, casi en el horizonte de sus ojos, el conjunto culminaba en una pared tachonada cuyo color predominante era el verdinegro.

El muchacho caminó hacia la playa y siguió por ella hasta llegar adonde el agua, tibia como la sangre, le llegaba a la rodilla. Mojó los dedos en ella y la probó; era fresca, sin ningún rastro de los desinfectantes a los que estaba acostumbrado. Volvió a la playa nuevamente. Vadeó el agua rumbo a la orilla y se sentó a unos cinco metros de la línea de marea alta, y después de diez minutos, durante los cuales no oyó ningún otro ruido que el soplar del viento y el

murmullo del oleaje, echó hacia atrás la cabeza y se puso a gritar.

Era un grito agudo, y cada respiración culminaba en una nota desarticulada y ululante, seguida del jadeo hueco y metálico con que se iniciaba la siguiente aspiración. En una oportunidad había gritado de este modo, sin interrupción, durante catorce horas y veintidós minutos, después de los cuales una monja enfermera, con una foja ejemplar de diecisiete años, le había aplicado una inyección sin el permiso del médico que lo asistía.

Después de un rato el muchacho dejó de gritar, no porque estuviese cansado, sino para oír mejor. El único sonido seguía siendo el del viento contra la fronda de las palmeras y el de la marea susurrante, y sin embargo creyó escuchar una voz. El muchacho tenía tanta capacidad para permanecer en silencio como para ser ruidoso, y ahora estaba en silencio, mientras la mano izquierda dejaba escurrir entre los dedos una arena blanca, limpia como la sal, y la derecha arrojaba sobre las olas guijarros que parecían cuentas de vidrio.

—Escúchame —dijo la marea—. Escúchame. Escúchame.

—Te escucho —respondió el muchacho.

—Bien —dijo la marea y repitió débilmente, como en un eco—: Bien, bien bien.

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a llamarte? —respondió la marea.

—Me llamo Nicholas Kenneth de Vore.

—Nick, Nick... ¿Nick?

El muchacho se puso de pie y, dándole la espalda al mar, empezó a caminar tierra adentro. Cuando ya no vio más el agua encontró un cocotero que crecía inclinado y torcido, recostándose y entretejiéndose con sus compañeros como un chorro de vapor que asciende por el aire cuando lo empuja el viento. Después de tantear la tosca corteza con ambas manos, el muchacho empezó a trepar; era inex-

perto y trepaba lentamente y con un poco de torpeza, pero su cuerpo era liviano y vigoroso.

Finalmente llegó a la copa, perturbando la paz de los monitos de felpa pardos que había allí y que huyeron parlotando hacia otras palmeras, dejándolo al muchacho acurrucarse solo entre las ramas de la fronda y los cocos verdes.

—También estoy aquí —dijo una voz desde el árbol.

—¡Ah! —dijo el muchacho, que estaba contemplando el agitado cielo color zafiro que se extendía por encima de él.

—Voy a llamarte Nicholas.

—Puedo ver el mar —dijo el muchacho.

—¿Sabes cómo me llamo?

El muchacho no respondió. El larguísimo tallo de la palmera arqueada se balanceó suavemente bajo su peso.

—Todos mis amigos me llaman doctor Isla.

—Yo no voy a llamarte así —dijo el muchacho.

—¿Quieres decir que no eres mi amigo?

Chilló una gaviota.

—Sin embargo, ya ves, yo te considero mi amigo. Puedes decir que no lo soy tuyo, pero yo digo que sí lo eres mío. Te tengo aprecio, Nicholas, y voy a tratarte como a un amigo.

—¿Eres una máquina, una persona o un grupo de gente? —preguntó el muchacho.

—Soy todas esas cosas y otras más. Soy el espíritu de esta isla, el genio tutelar.

—¡Qué bosta!

—Ahora que ya nos conocemos ¿preferirías quedarte solo?

El muchacho volvió a guardar silencio.

—Tal vez quieras quedarte a solas con tus pensamientos. Me gustaría mencionar el hecho de que hoy hicimos grandes progresos, más de los que yo preveía. Tengo la sensación de que nos vamos a llevar muy bien.

Después de quince minutos o más, el muchacho respondió:

—¿De dónde viene la luz?

No hubo respuesta. El muchacho aguardó un rato, después bajó por el tronco y cuando faltaban unos cinco metros para llegar al suelo se dejó caer y rodó por la arena blanda.

Volvió a dirigirse a la playa y se quedó mirando el agua. Podía ver cómo se curvaba hacia arriba a lo lejos, donde las olas más remotas rompían formando espuma blanca hasta que el mar se convertía en un cielo veteado de blanco. Hacia la derecha y hacia la izquierda la playa se alejaba describiendo una curva suave, inclinándose en un grado casi infinitesimal hasta desaparecer. Empezó a caminar, después vio, casi en el punto en que se perdía la mirada, una figura humana. Echó a correr; un instante después se detuvo y dio media vuelta. Allá lejos había un caminante, casi invisible, recorriendo la playa. Nicholas no le prestó atención; encontró un coco y trató de abrirlo, después lo arrojó a un lado y siguió caminando. De tanto en tanto saltaban los peces y en una oportunidad vio a un ave marina caer en tirabuzón. La luz perdió intensidad. Nicholas tenía conciencia de no haber comido desde hacía mucho tiempo, pero no tenía hambre en un sentido estricto... o más bien, disfrutaba su hambre del mismo modo en que, en alguna otra ocasión, había disfrutado cortándose el brazo para ver cómo sangraba.

En un momento dado gritó: «¡Doctor Isla!» en voz muy alta, al pasar junto a un cocotero, y después empezó a canturrear: «Doctor Isla, doctor Isla, doctor Isla», mientras caminaba, hasta que las palabras perdieron todo su significado. Nadó en el mar de la manera en que se le había enseñado a nadar en los grandes tanques de tratamiento para la fiebre cuartana en Calisto, para mejorar su grado de coordinación, y tragó agua y resopló hasta que aprendió a lidiar con las olas. Cuando ya estaba tan oscuro que solo podía

ver la arena blanca y la espuma de la rompiente bebió agua del mar y se quedó dormido sobre la playa, y el perfil derecho de su cara fea y tiesa se relajó primero, de modo que parecía dormir ya cuando el ojo izquierdo todavía estaba abierto y mirando. La cabeza giraba hacia un lado y hacia el otro. La comisura izquierda de la boca conservaba, como en una máscara mortuoria, su expresión característica: enojada, remota, teñida con ese matiz inhumano que solo puede encontrarse en ciertos rostros humanos.

Cuando se despertó no había amanecido aún, pero la noche se estaba disipando en un suave grisáceo. Las palmeras, decapitadas, parecían altísimos espectros alineados en la playa, con sus copas perdidas en la neblina y en los jirones de oscuridad. Tenía frío. Se frotó los muslos con las manos; bailoteó por la arena y corrió por la orilla del agua acariciante en un esfuerzo por entrar en calor; frente a él una luz roja diminuta como una cabeza de alfiler se convirtió en una fogata, y detuvo la marcha.

Un hombre que parecía tener alrededor de veinticinco años estaba agachado junto al fuego. Una enmarañada cabellera negra le caía sobre los hombros; la barba era rala. Por lo demás estaba desnudo, como el propio Nicholas. Tenía los ojos oscuros, grandes y vacíos, como los extremos de dos caños rotos. Estaba atizando el fuego, y con el humo llegaba el olor a pescado asado. Nicholas se quedó un rato donde estaba, mirando.

De la comisura de los labios del joven caía saliva, la enjugó con una mano, dejando un rastro de ceniza en la cara. Nicholas se acercó cautelosamente hasta quedar parado frente al hombre, junto al fuego. El pescado estaba envuelto en hojas anchas y en barro y yacía en el medio de las brasas.

—Soy Nicholas —dijo Nicholas—. ¿Tú quién eres?

El joven no lo miró, no lo había mirado en ningún momento.

—Escucha, me gustaría comer un pedazo de tu pescado. No mucho. ¿De acuerdo?

El joven levantó la cabeza, mirando no a Nicholas sino algún punto más lejano, después volvió a bajar los ojos. Nicholas sonrió. La sonrisa enfatizaba la asimetría de su expresión, la curva desapareja de los labios.

—Un pedacito, nada más. ¿Ya está casi listo, no?

Nicholas se agachó, imitando la postura del joven, y como si eso hubiese sido una señal, el otro se abalanzó sobre él a través de la fogata. Nicholas dio un salto hacia atrás, pero el salto llegó demasiado tarde: el cuerpo del joven golpeó contra el de él y lo arrojó contra la arena. Los dedos se clavaron como garras en su garganta. Nicholas rodó y se soltó, gritando, y corrió hacia el agua. El joven lo siguió chapoteando. Nicholas se sumergió.

Nadó por abajo del agua, con el vientre casi rozando la arena ondulada por las olas hasta llegar a aguas más profundas. Entonces volvió a la superficie, tomó una bocanada de aire, vio al joven, quien también lo vio, y volvió a sumergirse, y esta vez solo salió a la superficie cuando estaba bien lejos, mar adentro. Más allá del agua podía ver la fogata en la playa, y al joven que regresaba hacia ella, saliendo a zancadas del mar mientras amanecía. Entonces Nicholas nadó paralelamente a la orilla hasta alejarse unos quinientos metros o más, después salió del agua y volvió a ponerse en marcha hacia donde estaba el fuego.

El joven lo vio cuando estaba aún a cierta distancia, pero siguió sentado, comiendo trocitos rosados de su pescado y mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicholas cuando estaba todavía a una distancia prudencial—. ¿Estás enojado conmigo?

Desde el bosque los pájaros lo previnieron:

—Ten cuidado, Nicholas.